JORGE SEMPRÚN, ARQUETIPO DEL ESCRITOR BILINGÜE CON VIDA E HISTORIA EUROPEAS Y PARADIGMA DE LA LITERATURA CONCENTRACIONARIA

Hace algo más de dos décadas que sumo apuntes y recojo materiales y documentación sobre la obra sempruniana con vistas a una serie de entrevistas filmadas al escritor, político y pensador español. La labor se fue perpetrando al socaire de un proyecto a medias con la TV de la Suiza italiana, interesada en rodar un documental en Ascona y Locarno, lugares donde el ex deportado número 44.904 de Buchenwald pasó tres meses del otoño-invierno 1945-46. Su estancia en el Tesino tenía un objetivo capital: recuperarse de los horrores vividos durante su estancia en el campo de concentración. La idea de la película había nacido en 1989, en el marco de un congreso sobre autoficción y memoria al que Semprún –a la sazón Ministro de Cultura– había sido invitado como ponente. Desgraciadamente, las entrevistas no llegaron a concretarse: los derechos de autor del abundante y precioso material de archivo, imprescindible para ilustrar con imágenes los referentes principales de las dilatadas conversaciones, alcanzaban cifras que desbordaban con creces el montante del presupuesto.

Durante su estancia en la Suiza italiana, Jorge Semprún había intentado dejar testimonio escrito sobre los 16 meses transcurridos en el infierno nazi y sobre su experiencia del mal radical del *Lager* cercano a la ciudad de Weimar (antaño residencia de Goethe, Schiller y otros escritores sublimes de la literatura alemana), pero no lo logró. No lo logró porque no pudo dar con el tono justo requerido por una narración transida de elementos autoficticios sin sacrificar su calidad literaria; y tampoco logró dar con el lenguaje que buscaba, debido posiblemente a la inmediatez de los horrores. Semprún se ha referido en múltiples ocasiones a esta primera experiencia escritural fracasada y a la decisión tomada en enero de 1946 en Ascona. Transcribo, para ilustrarlo, unas líneas de *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1993):

> La escritura me encerraba en la clausura de la muerte, me asfixiaba en ella, implacablemente. Había que escoger entre la escritura y la vida, y escogí esta última. Escogí una larga cura de afaxia, de amnesia deliberada para volver a vivir, o para

> sobrevivir. Escogí […] un porvenir por medio del compromiso político, […] me convertí en otra persona, en Federico Sánchez, para poder continuar siendo alguien. (p. 29)

Transcurrirían casi dos décadas hasta que logró aprehender el tono y hallar el lenguaje apto y conforme a sus exigencias en *El largo viaje* (1963); y pasaría casi medio siglo hasta que pudo escribir su *opus mágnum La escritura o la vida* (1993). No es ésta la ocasión para entrar en detalles, pero sí vienen a cuento otras dos citas para entender su concepción del término *lenguaje*, procedentes una de *Veinte años y un día*, su última novela escrita en español (la primera fue *Autobiografía de Federico Sánchez*, que apareció con el subtítulo de novela y fue galardonada con el premio Planeta de 1977), y, la otra, del *Magazine littéraire* (junio de 2004). Hacia el final de la novela, Lorenzo Avendaño confiesa a Michael Leidson en tono provocatorio y serio:

> […] no leo siempre en el idioma conveniente. El *Quijote* lo leí en alemán, y esa novela de Faulkner [se refiere a *Absalón, Absalón*] en italiano. No creo que tenga demasiada importancia. La patria del escritor no creo que sea la lengua, sino el lenguaje… (p. 287)

En el texto aparecido en la prestigiosa revista francesa se refiere a las resonancias literarias y declara que la patria que él llama *lenguaje* es «un espacio de comunicación social, de invención lingüística, una posibilidad de representación del universo. […] en esta patria mía que es el lenguaje hay ideas, imágenes emblemáticas, pulsiones emocionales e intelectuales […]» (la traducción es mía). En cuanto a las resonancias literarias, el pasaje citado de *Veinte años y un día* habla por sí solo: las buenas traducciones no aminoran las capacidades y el potencial inherentes al *lenguaje*, con lo que queda dicho que la lectura de las obras memorables –o, quizá mejor, canónicas– es también proficua en las traslaciones a otras lenguas. A su juicio, es ése el camino que debe seguir el escritor europeo que desee estar a la altura de su circunstancia literaria y tener al día las lecturas de obras que forman parte de un corpus que desborda las lindes de las literaturas que Goethe llamó nacionales para señalar que el término, amén de ser reductivo, iba a contraponerlo a un concepto que traspasaba incluso las fronteras de un continente. Y si Goethe aseveraba en 1827 que había «llegado la época de la literatura universal», Borges se refería a la tradición literaria en términos que hoy integramos en la globalización: «[…] debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo»[4].

Así se explica el encabezamiento de este homenaje a quien fue arquetipo y paradigma del escritor europeo, a quien encarnó la imagen viva de una Europa marcada a fuego y hierro de res brava por los vendavales de la historia y las tiranías que tuvieron un *terminus a quo* en la I Guerra Mundial, que fueron en parte derrotadas en 1945 y que sólo llegaron a su *terminus ad quem* algo después de la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. Jorge Semprún fue figura visible y señera en las controversias culturales, literarias, ideológicas y teóricas. Hizo pronto suyas las convicciones del anciano Husserl sobre los distintivos y las particularidades que creía que iban a configurar al europeo y a la Europa por venir. El anciano filósofo judío-alemán (a quien Heidegger dedicó su tesis, dedicatoria que borró a partir de la segunda edición), el mismo Husserl poco antes de morir se convirtió al catolicismo, estaba convencido de que Europa no era sólo una pertenencia territorial; era, a su juicio, también una entidad espiritual; una especie de supranacionalidad *in fieri* y, como tal, todavía inédita y sin precedentes, que podría además prosperar también en otros continentes.

[4] Para mayor información, véase mi nota sobre globalización y literatura mundial en el número precedente de esta misma revista (2010, pp. 513-520).

El joven presidiario (tenía 20 años y un mes cuando ingresó en el *Lager*) fue testigo de la barbarie que campaba en el archipiélago de los campos de concentración nazis, de la que años después él mismo daría medido y exhaustivo testimonio. Semprún fue, efectivamente, actuario solícito, fiscal implacable y recto juez del mal radical. No sólo participó en la vida y controversias políticas, ideológicas y teóricas: contribuyó con una obra literaria en la que fluyen, a partes iguales, la calidad, el oficio y la capacidad innovadora. Y sin embargo, aunque la parte esencial de su obra esté escrita en francés, cuando fue propuesto su ingreso en la Academia Francesa de la Lengua, las distinguidas señorías que le negaron su apoyo fueron mayoría. Creían tener razones convincentes: Jorge Semprún había sido comunista y seguía siendo español. En España, para mayor inri, las críticas más frecuentes en los artículos de prensa aparecidos con ocasión de su llamada al Ministerio de Cultura en julio de 1988 procedían, ex contrario, de un venero similar: la sospecha de afrancesamiento. En *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Semprún anota y glosa alguna de las preguntas de quienes entonces dudaban de su «españolidad» y lo convertían en «extranjero»: «Después de tantos años vividos en Francia, ¿podía seguir siendo verdaderamente español? ¿[…] no había escrito en francés la mayor parte de mis libros? ¿Qué mosca le habrá picado a Felipe González […]?» (p. 148).

Efectivamente, el presidente del Gobierno había dado una prueba más de sus dotes políticas confiando el Ministerio de Cultura a uno de los intelectuales, escritores y guionistas españoles más prestigiosos; y a la vez otorgaba el máximo reconocimiento político a uno de los representantes de un nutrido colectivo de españoles que había participado, desde sus posibilidades y convicciones, en la lucha contra el fascismo internacional, primero, y contra el franquismo, después; y era asimismo un claro y visible homenaje público a quienes habían sido arrojados de sus lares en 1939 o, en no menos casos, condenados al exilio interior; y era también un homenaje a quienes, como su padre (José María Semprún Gurrea) y su tío (Miguel Maura) habían servido y sido fieles a la República.

En otro orden de méritos, hay que anotar que el reconocimiento del presidente del Gobierno también quería corresponder a la enorme influencia política y a la insólita recepción de su primer *libro* escrito en español: *Autobiografía de Federico Sánchez* (1977). Eran aún tiempos difíciles y a la vez esperanzadores: las primeras elecciones democráticas acababan de celebrarse, el *Guernica* de Picasso acababa de llegar al lugar que le correspondía, el Premio Nobel de Literatura había sido otorgado a Vicente Aleixandre en reconocimiento de su valía y en representación de un grupo de poetas y de una generación diezmada por las circunstancias y condenada al exilio *sensu lato et stricto*…

En fin, la Transición seguía entonces su curso amenazado… Ahí radica sin duda otra de las razones que contribuyeron al éxito de ventas de la *Autobiografía*, que vendió casi 400.000 ejemplares en doce meses, inaugurando un fenómeno entonces desconocido en España: el *best-seller* en un género a caballo entre el ensayo y la ficción novelada[5]. Semprún se ha referido más de una vez a la profunda discusión que provocó el libro en el «mundo político», en los medios de comunicación y en la sociedad española en general. En *Federico Sánchez se despide de ustedes* leemos al respecto:

> Ejerció una influencia indiscutible en el curso de las cosas. El monopolio de legitimidad antifranquista que el partido comunista de Carrillo pretendía atribuirse de

[5] Sergio Vila Sanjuán, el mejor estudioso del asunto en España y autor del excelente ensayo sobre el *best seller* (un estudio muy bien documentado, fruto de varios años de trabajo desde una atalaya privilegiada: Vila Sanjuán es, desde hace tiempo, coordinador del suplemento «Culturas» del diario *La Vanguardia*) da la cifra exacta de las ventas de la *Autobiografía de Federico Sánchez*: 501.209 ejemplares. Más detalles en su *Código best seller. Las lecturas apasionantes que han marcado nuestra vida*, Barcelona: Planeta, 2011 (prólogo de José Antonio Marina).

> manera a la vez arrogante y oportunista [...] fue batido en brecha por los efectos de esta publicación. (p. 146).

No creo que sea exagerado aseverar que Semprún es uno de los pocos escritores españoles bilingües con vida e historia europeas y con una obra que por su «articulación» y por su «densidad» (dicho sea en términos semprunianos) ha pasado a formar parte de la literatura mundial, sin por ello dejar de ser a la vez profundamente europea y aportar un valor añadido: su pertenencia ineludible al corpus canónico de la literatura concentracionaria. Una obra escrita preponderantemente en francés y a la vez inconfundiblemente española, debida además a uno de los intelectuales europeos más destacados. Por lo que sé, los departamentos de literatura española de las Universidades de nuestro país que han dedicado Jornadas de estudio a su obra no pasan de tres; animo, por tanto, a los profesores a estudiar su obra en clases y seminarios. Y al Ministerio de Cultura a convocar pronto un Congreso internacional interdisciplinario sobre sus novelas y ensayos políticos, de teoría de la ciencia literaria, filosóficos y culturales. Y también sugiero al responsable de Cultura de Cantabria de encargar un estudio sobre la presencia de Santander y sus inmediaciones en la obra de Semprún y su relación con la comarca.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA
UNIVERSIDAD DE BERNA